

"LA BOLIVARIADA" Y SU CONTENIDO

OK
1286575

Escribe: JESUS RINCON Y SERNA

Impresionado desde niño por la célebre profecía de Choquehuanca sobre la creciente gloria de Bolívar, investigué durante largos años si verdaderamente el Libertador es un Grande Hombre, y en qué aspectos lo es, y si no hay exageración al concebirlo como titular de una admiración creciente. Y hallé que como militar supera a los grandes capitanes anteriores a él en cuanto a la escena de la lucha, el potencial enemigo, la preparación previa de los soldados, la magnitud de la empresa y el sentido filantrópico de sus miras. Como tribuno lo encontré sobre los más elocuentes varones que lo precedieron en la historia, pues no es lo mismo convencer al ateniense o al romano, gentes de por sí versadas en las cosas de la inteligencia, que a estos pueblos americanos, poco menos que salvajes en su tiempo. Es la eficacia del discurso lo que distingue al orador elocuente, dice Cicerón. Bolívar convenció a estas muchedumbres ignorantes de la bondad de su empresa, y las puso a marchar. Del mismo modo vi que el estadista es el hombre capaz de orientar los pueblos hacia un porvenir político mejor, y me convencí de que Bolívar es un estadista antes no igualado, pues conquistadores y monarcas, oradores y generales anexaron naciones para la opresión, mientras el Libertador las creó de la nada para la autonomía civil y política. Creí siempre que el arquetipo humano fuera aquel hombre de generoso corazón, abnegado ante sí mismo, capaz de sacrificar su sosiego, su riqueza, su vida misma en mil ocasiones para el bien de otros, y he hallado que casi siempre el egoísmo fue el motor de las empresas más grandes que concibió y ejecutó el género humano: Bolívar es, en mi sentir, aquel arquetipo. Como ejemplo para la juventud, la eficacia del Padre de la Patria no puede hallarse entre los hombres anteriores a él: de ningún hombre, en ninguna nación; porque el contenido ético de su conducta supera a todo lo hecho por conductores de pueblos, no solo ante sus contemporáneos, sino respecto del pueblo futuro. Estas excelencias, y muchas otras que son patentes en su vida y sus hechos me convencieron de su valor eminente, y me llevaron a escribir esta epopeya para exaltar en el poema su gloria creciente, que no podrá jamás marchitarse.

* * *

LA BOLIVARIADA

CONTENIDO DEL PRIMER CANTO

Bajo el Bien y el Mal, en permanente lucha, se debate inerte el Género Humano; el hombre es arrastrado como trofeo del Poder vencedor; desde los albores de su existencia va, fugitivo, flagelado por implacables Potencias. Se percibe el momento del combate ante los muros de Troya, envuelta en llamas cae la ciudad, Príamo es degollado junto al ara de sus dioses patrios, Eneas huye llevando sus penates hacia Occidente, buscando un lugar para fundar la raza latina; tras un azarosa navegación desembarca en Italia, Roma es fundada y crece en la sangre latina venida de Ilión, se agiganta, cubre el mundo. De pronto hay un gran silencio, Cristo ha encarnado. Las guerras marchitan la tierra, el viaje de Oriente a Occidente no cesa para la sangre del Lacio. Caída Roma, España recibe el legado del eneida, Colón descubre el nuevo mundo; en sus naves están el Bien y el Mal, que se disputan la América desde el propio instante del descubrimiento. Cede el Bien, pero anuncia un Adalid que arrojará al Mal de este Continente, el Mal toma posesión de la nueva tierra cuyos habitantes, diezmados, huyen a esconderse en las selvas. Pasan tres centurias de violencias sobre toda la América, poseída por el crimen y la desolación. Una llama aletea sobre la Bastilla y alumbró la tierra yacente en tinieblas. El poeta mira desde la obscuridad la sucesión doliente del hombre, mas un Poder benéfico toma forma ante él: es Bochica, antiquísimo benefactor del pueblo aborigen, luminosa figura que lo convida a ver el pasado, el presente y el porvenir de América. A su luz se revelan los combates, las ruinas de las batallas, surge la anunciación, el prenuncio del advenimiento de Bolívar, Libertador, encarnación del genio latino.

CONTENIDO DEL SEGUNDO CANTO

Bolívar ha nacido, es ya un hombre. Partiendo de su tierra nativa, con su nave toca en las costas de España, y allí ve a una virgen ibera, Teresa, suma perfecta de belleza, linaje de los Grandes de España. Tras un idilio de amor casto la hace su esposa, y vuelve con ella en su navío a Venezuela. Una Sombra vigila a los esposos, recatada tras los cortinajes de la nave, y pisa con ellos la tierra de América. Una noche, este espectro toca a la joven, la despierta; llena de terror la esposa queda paralizada, no puede llamar a Bolívar, que duerme feliz. La Sombra hace a la joven una espantosa demanda: renunciar al amado y morir, porque el esposo unido a ella, no podrá ejecutar los designios del Bien; debe ser liberado de todo vínculo en la tierra para elevarse a las plenitudes heroicas. El fatídico Anunciador deja al libre albedrío de Teresa su sacrificio, el horror de la tiranía sobre la tierra, la regeneración de los pueblos por la libertad, o la continuidad de una vida plácida y llena de amor al lado de un hombre obscuro: de ella depende la libertad de América, el cumplimiento del destino de la raza latina. Lucha la joven desposada, que ya siente moverse en sus entrañas la vida de un hijo; lucha por el amor, por sus deberes de Alta Española, ante el anuncio de la libertad para estos pueblos; teme

morir, teme el desprenderse —con su espíritu— de todas estas naciones del imperio español, cree que traiciona a su patria, pero vislumbra la gloria de la libertad de un mundo y la grandeza futura del hombre amado. Primera heroína y Madre de estas naciones, la joven renuncia a sus amores, renuncia a sus hijos, al vínculo patrio, a su propia vida en aras de la libertad americana. Sopla sobre ella el Demiurgo, y expira la *Primera Sacrificada*. Cuando Bolívar despierta la halla fría, muerta. Llorando cierra sus ojos, la entierra bajo la cívica encina, le da su adiós último, siembra de rosales la tierra de su sepultura, y ahogado de dolor sube otra vez a su navío y entre las sombras dolientes corta las ondas, sin rumbo y sin destino.

CONTENIDO DEL TERCER CANTO

Desde el Monte de la Visión el poeta conducido por Bochica ve la ciudad de Roma, la Madre Latina, nimbada de gloria, coronada de hierro, sentada sobre sus Siete Montes. Bolívar va ascendiendo al Aventino, y en su tránsito ve dibujarse en la penumbra la Sombra de su esposa muerta. Teresa le anuncia sus destinos futuros, le revela su linaje troyano, y le muestra la ruta libertaria hacia Occidente, siguiendo el camino del Sol: Adalid de la América, hará de ella, y por ella de toda la tierra del hombre, el Nuevo Paraíso, bajo el aliento de la libertad; lo invita a ser Grande, y desaparece ante el esposo, que quiere y no puede abrazar la figura inasible. Llega Bolívar a la cumbre del Monte, en donde ve los espectros de los cónsules, de los pontífices, de los augures, que han surgido de sus sepulcros por ver al Héroe futuro. Bolívar les increpa el no haber buscado la libertad del hombre, sino su opresión. Huyen las Sombras hacia sus antiguos sepulcros, jura Bolívar hacer libre a la América y sembrar entre todos los pueblos esclavizados la semilla de la libertad que germinará en el porvenir en todos los ámbitos del mundo. Nimbado de luz baja del Aventino, sube a su nave y parte hacia Occidente, continuando así las navegaciones de Eneas, portador del fuego tomado en Ilión, a completar los destinos de la sangre del Lacio. España, a quien la Fama ha hecho conocer el gran juramento, se estremece colérica. La Potencia del Mal desciende a los Infiernos y suscita todas las Furias contra Bolívar y América. Muestra Bochica los aprestos de dos mundos en mortal desafío, y los abismos estremecidos por el furor de las llamas, relámpagos de obscuridad, retorcimiento de espíritus, eterno llanto, el perpetuo alarido infernal. De regreso a la tierra se perciben los episodios de la guerra y, sobre ellos, la voz de Bolívar que llama a las naciones a las batallas, en tanto se oyen los acentos de los futuros himnos.

CONTENIDO DEL CUARTO CANTO

En la visión del pasado aparecen los guerreros de la Argentina, del Uruguay, del Paraguay, de Bolivia, de Chile, del Brasil, del Perú, del Ecuador y de Colombia, fieros en sus caballos, fulgentes, relampagueantes; y en sus naves los soldados de Panamá, de Costa Rica, de Guatemala, de Honduras, de Nicaragua, del Salvador, de la República Dominicana, de Haití, de Jamaica, de Cuba, de Méjico, semejantes a la tempestad, lucien-

tes de armas: llegan todos a Venezuela, que apenas puede frenar el ímpetu de su juventud, cuyas frentes están coronadas con laureles de oro. Deja oír Bolívar su voz sobre estos ejércitos, que van a los combates. Monteverde levanta el pabellón imperial de las Españas, se traba la primera espantosa batalla, en la que, vencido el español, huye a sus naves. Pero la Potencia del Mal penetra en el interior de la esfera terrestre y allí despierta al Terremoto, hace siglos dormido; lo sacude, lo incorpora. El Sismo se irgue, aplica su espalda a la bóveda interior, la superficie terrestre ondea, crujen los montes, ruedan en vorágine todas las cosas, perecen con sus habitantes ciudades enteras, el polvo, el humo, las llamas y un mugido de espanto cubren la tierra. Bolívar conjura con su grito a la Maligna Potencia, (que proclama este horror geológico como castigo por la insurgencia americana), y jura otra vez sobre las ruinas de la patria libertar el Continente de la coyunda española, aun contra la propia Naturaleza, si ésta --que no se opone-- se opusiera. El español vencido regresa de su derrota, se fortifica con mayor furor. Derrotado Bolívar, espantados los pueblos por el ímpetu del cataclismo, llenan la vasta escena innumerables bandadas de asesinos españoles, aprecen, con Monteverde y con Izquierdo, Cervériz, Rosete, Ceballos Zuazola, Tíscar, Correa, Oberto y Cagigal. Como una inmensa ola de llamas los nuevos vándalos dejan asolada la tierra. Vencidos los ejércitos de Bolívar, se refugian en las naves y en las selvas profundas, otra vez, como en tres siglos anteriores, los pueblos fugitivos.

CONTENIDO DEL QUINTO CANTO

Mientras huyen los pueblos y se dispersan los ejércitos del Héroe, éste lucha todavía al frente de sus cuadros diezmados. Cien veces parece victorioso y cien veces se convierte la victoria en derrota funesta, entre tanto la Sombra del Mal lo persigue implacable; bajo el aliento del Exterminio que le inflige España, vuelve a las naves y otra vez, como Eneas, se lanza a la mar con el resto de sus tropas, llevando el fuego sacro, los símbolos de la patria, sus vencidos penates. En medio de las borrascas y las ciegas tinieblas llega a Cartagena. Allí el héroe Rodríguez Torices convoca a los pueblos para oír a Bolívar. Habla el Gran Vencido, y al conjuro de su voz surgen las armas de sus fraguas, los navíos de las atarazanas, y sobre las ondas del Magdalena se adelanta el nuevo ejército, que pasa como el huracán exterminando españoles. Van con él los nuevos paladines, Girardot, D'Elúyar, Rivas, Urdaneta, Ricaurte, Briceño, Maza, Lara, París, Ortega, Vélez, Ponce de León, Córdoba, Santander, Sucre, Soubllette, Anzoátegui, todos aureolados semejantes a númenes vengadores. En tanto yacen al amparo de las selvas profundas los pueblos. Se escucha el himno lírico a las montañas salvajes, a la germinación y al silencio. Desde el Monte de la Visión se perciben los episodios victoriosos del avance heroico, el fulgurar de las armas, el rugir de los navíos, el ascenso hacia los montes leonados. Todo el agrio zumo de la sangre se derrama sobre los campos de las batallas, enceguece la cólera a los combatientes, brama el plomo sobre los enemigos de uno y otro ejército, el aire retumba por el clamor innumerable de la guerra, entre tanto la belleza heroica nimba

a cada hombre y las Potencias benéficas y los Poderes abismales saturan los ámbitos con sus influjos, mientras llamea la tierra y la gloria de las victorias ilumina a Bolívar en medio de la resonancia de todos los clamores.

CONTENIDO DEL SEXTO CANTO

Iluminado por Bochica contempla el poeta las vicisitudes de la lucha. En poder de los libertadores caen Tenerife, Tamalameque, Valledupar, Ocaña, las Palmas y Mompós. Montes, valles, ríos, llanuras y selvas quedan cubiertos de mortandad creciente, inmersos en el desastre de la guerra. Devueltas las naves, y en ellas el botín tomado al enemigo, a Cartagena, se inicia el ascenso patrio a las cordilleras inaccesibles, desde cuya cima derrama el español Correa toda forma de muerte. Sólo uno de cada diez culmina con Bolívar sobre las cúspides mortales donde queda arrollado el enemigo; el Héroe toma posesión de Cúcuta. Pero el Infierno derrama sobre la tierra los poderes de la Ira, del Odio, de la Violencia, de la Cólera, del Espanto y del Miedo. Sobre lo espeluznante de las batallas fulgen los resplandores victoriosos. Huyen los españoles en fuga precipitada, pero España empuja nuevas falanges en alud innumerable contra los héroes patrios. El héroe Briceño cae; caen los españoles Yáñez y Martí bajo los pies de Ponce de León; Rivas muele al tenebroso Oberto, Girardot al fiero Tiscar. Los campos de Guanare, de Nutrias, de los Horcones, la Montaña del Altar convertida en una inmensa antorcha alumbrada las batallas, Taguanes, San Cristóbal, Trujillo, Valencia, Maracay, Caracas, sienten el espasmo de la muerte y, sobre cada una de esas victorias, los jubilantes cantos de las apoteosis. Caracas alza los himnos de consagración a su Héroe Libertador, en tanto Izquierdo huye, abandonando los tesoros del Rey, hacia las naves; las muchedumbres resurrexas prolongan la gran voz de sus cánticos sobre ciudades y llanuras. Bochica dejar ver al poeta el símbolo de las visiones infernales en expresiones de anunciación metafísica por el influjo de las expiaciones redentoras del Deseo en la órbita de los vivientes, el imposible de la expiación de los pecados, la gloria de lo bello en los amores iluminados por las sumas culminaciones edénicas.

CONTENIDO DEL SEPTIMO CANTO

El español Monteverde reaparece fortalecido en Puerto-Cabello, el ibero Salomón ha llegado con navíos numerosos cargados de guerreros, se equilibran las fuerzas agónicas. En los campos del Bárbula se traban otra vez las fuerzas enemigas, Monteverde en la Cúspide, Bolívar ocupando la llanura. Abre el Libertador en dos alas su ejército, que empuja hacia las alturas. Hurgando el basalto de la montaña suben, recibiendo en avalanchas la muerte. El ala de Girardot culmina sobre la cúspide del Bárbula y envuelve entre dos fuegos al hispano, lo degüella, lo rinde, y muere sobre el clamor de la victoria. Sombria cólera envuelve el alma de Bolívar: abraza el cadáver, llora sobre él, lo sacude, lo llama por su nombre entre gemidos. Preside luego el espantoso funeral. Los prisioneros españoles han cavado la fosa, su sangre ha ablandado la piedra de la montaña que sirve de túmulo al héroe, abonan sus cadáveres las veintiuna encinas (por los años de Girardot), que allí ha mandado sembrar, la bandera patria aletea

sobre la muchedumbre degollada. En urna de oro guarda el corazón del héroe, que lleva a ser guardado para siempre en el Partenón de Caracas; diez mil antorchas cruzan durante siete noches las montañas; de día reposan, y sigue la fantástica marcha taciturna que lleva hacia la última morada, como una serpiente de fuego, el corazón de Girardot. Entre tanto D' Elúyar, en las Trincheras, cruza con su espada a Monteverde, desata la muerte entre los dos ejércitos, desborda la carnicería inhumana, concita sobre el español las fuerzas del Desorden, del Miedo, la Rabia, la Muerte, todos los Furores, los Estrépitos todos, la suma de la destrucción. Un clamor de vencidos y de vencedores se trenza en los ámbitos de las Trincheras, un vaho de sangre cubre como neblina roja las montañas, la Sombra del Exterminio pasa inexorable sobre las fuerzas de Iberia; sobre el cuerpo yacente de Monteverde, D'Elúyar proclama la venganza de Girardot en medio de los purpurinos resplandores de un atardecer espantoso.

CONTENIDO DEL OCTAVO CANTO

Desde las alturas del Monte de la visión se muestran al poeta a la luz de Bochica las creaciones fatídicas y los poderes vengativos del hombre iracundo, semejantes a florecencias flameantes que vierten lívidos tintes, licores venenosos de sus corimbos impúdicos. La visión abarca el campo de los paladines de América, el ímpetu inhumano de los heroísmos, la llameante escritura de las gestas, la maldición de toda guerra. Se miran las luchas de los ejércitos bajo pabellones de humo, la batalla de Vigerima, el degüello mutuo de las falanges, y se oye toda voz de violencia y se perfila todo movimiento que culmina en muerte, y la presencia de la Noche, que separa a las fieras. Luego la batalla de Barquisimeto, las de la Guayana, las del Apure, las de Guanare, sinfonías infernales de dos monstruos de hierro y de llamas, de dos clamores que se unifican en rugido de odio y de muerte, el frenesí de las batallas a muerte, el orgasmo sumo, el sumo sacrificio, la llama que se extiende envolviendo hombres y bestias, la degollación de los ejércitos enemigos, las fugas presididas por todo pavor, las fuerzas subhumanas precipitando multitudes a la hecatombe. Aquí la batalla de Mérida, donde las lanzas se clavaron en los ojos, los cascos de los caballos en las bocas abiertas para el grito, los Andes convertidos en llameante fanal, el aliento de los héroes cruzando en olor de venganza desde el Apure y el Orinoco hasta la Guayana, hasta la llanura de Portuguesa, hasta los confines de América, y en el nudo de guerreros, lo que el inerme y el vencido pueden esperar del vencedor, los aletazos de la Destrucción, la Bestia Final que pasa derramando la maldición, y una Sombra atormentada que llora bajo la lluvia, y llora todavía al través de los años por los que han muerto, en tanto un bramido cósmico del Angel ardiente que con alas de fuego camina sobre la tierra: se dilata el olor cadavérico, las fieras del monte se esconden, se pudren los muertos.

CONTENIDO DEL NOVENO CANTO

En tanto que en Caracas clama triunfante la apoteosis, nuevos paladines nimbados de halos heroicos como vengativos arcángeles se adelantan hacia los campos de combate. Son Mariño, Piar, Valdés, Bermúdez, Campo,

Heres, hermosos en las transfiguraciones ideales. Bajo su ímpetu caen Cervéz y La Hoz en las llanuras de Maturin, y con ellos innumerables guerreros de España; reboza el Infierno con tantas Sombras que, arrancadas con la vida de los combates, caen como bólidos en los Hornos eternos. Allí, funestas presencias rayan las pendientes de las cavernas, ensordecidas por su propio bramido incesante, por el rimbombar de los gritos horrendos que repercuten en las oquedades bañadas de líquido fuego. Las laderas del Gran Encierro se perciben entre los aleteos de los relámpagos nacidos del cruzar vertiginoso de las Sombras, y a su rápida luz parecen verse ciudades carcomidas por ácidas ondas que caen en el mar del Abismo y regresan en marea por el contorno del Cocito, bajo un viento implacable de llamas; hierve el fuego infernal, circulan sus llamas; al bajar se perfilan monstruos que estaban sumergidos, rocas coronadas por enjambres de Manes, que otra vez se sumergen; un arco, un palio de lívida luz deja ver las intermitentes escenas, todo poder de horror se manifiesta y relieva cuando pasa envolviendo en su avalancha a los espíritus caídos en el abismo resonante, en donde las larvas, los lémures, el íncubo y súcubo prolongan incesantes su blasfemo rugir. Al regresar la visión sobre la tierra, Bochica muestra al poeta el futuro feliz del Género Humano bajo el efluvio de la paz. La marcha de los vencedores se percibe en toda la majestad de la gloria guerrera bajo los signos aciagos de Saturno. Anuncia Bochica la paz universal: las naciones han arrojado a una inmensa hoguera todas sus armas; son ya libres los pueblos, la Justicia se anuncia en rosadas aureolas. Caen los privilegios, los protocolos inicuos, la hambrienta Necesidad huye de la faz de la tierra, la Edad Dorada retorna, el alba nueva se alza de la noche, una sola bandera, una sola capital, una ley sola rige a los hombres. De todas las anchuras del mundo sube un cantar, ningún hombre gana la vida matando, en tanto la Sombra de la Libertad pasa gloriosa y pacífica sobre la haz de la tierra.

CONTENIDO DEL DECIMO CANTO

Frente a las visiones del Paraíso puesto en el mundo, la visión torna a la tierra donde crece la obscuridad y se alza el espanto sobre las noches lívidas: Boves aparece en las llanuras, poseído por siete potencias maléficas, la Crueldad, la Traición, la Cólera, la Impiedad, el Odio, el Fanatismo y la Temeridad. Lo presiden la Fama, el Miedo, el Terror, lo siguen las hordas. Como un gran viento de horror pasa aquel monstruo revolviendo las cenizas de los muertos a falta de vivientes. La gloriosa España, vencedora del Asia, dominadora del Africa, señora de Europa, ha entregado sus banderas al bandido, su espada a la horda. Bolívar hace frente a la hez horripilante en medio de los pantanos de sangre, a la luz tenebrosa del incendio vastísimo. Los combates ponen a temblar la tierra y a llenarse los Abismos. La batalla de Araure pasa, y sobre la cordillera de muertos canta la victoria de América, la de La Puerta pasa, para que sobre el golfo de sangre entone su himno la victoria española. Todo episodio de horror signa cada combate, el vencedor a la hora del alba está vencido al abrirse la noche. Bandadas infernales que brotan de las llanuras fluyen incesantes en algazara caótica. Se hunden las armas homicidas en las bocas abiertas para el grito triunfal o para el vagido del agonizante, las patas

de los caballos salvajes muelen filas enteras, el golpe del machete corta cabezas, que pardenecen en su sitio y solo ruedan al salto del caballo o al estremecimiento del aire, el caído degüella al que pasa sobre él, se incrusta el tallo del cañón en el pecho de los corceles, chorros de sangre enciegan a los combatientes, el humo funge la noche. Tras la derrota de La Puerta cae otra vez la patria bajo las uñas de los caballos bárbaros, la Huida arrastra a Bolívar al través de llanuras y montes, sucumben los pueblos bajo las teas de Boves, todo prócer cae a golpes de lanza, una deidad sombría canta, aulla y llora en el desierto aridificado y rojizo.

CONTENIDO DEL UNDECIMO CANTO

Se percibe el avance estrepitoso de Rosete, compañero de Boves, hacia Caracas. Mientras Rivas contiene a la horda, cae Puerto-Cabello bajo el sanguinario Ceballos, y si el horrible Zuazola es cruzado por el plomo americano, la pezuña bónica extermina a Barcelona y Cumaná, de cuyo linde sube un grito de horror. Bolívar hace frente al enemigo en San Mateo, donde Campo Elías y Villapol frenan las huestes del Monstruo. Heridos y muertos ruedan por los desfiladeros, Campo Elías hunde su espada en el cuerpo de Boves, que huye derramando veneno; la carga se hace aún más atroz, Campo Elías cae muerto. Se alza entonces Ricaurte sobre las almenas cribadas por el plomo de la resaca enemiga que ciega culmina en las alturas e invade el fuerte y arsenal americanos; de allí los devuelve a golpes de lanza y de fusil el defensor, pero otra vez y cien veces culmina el asalto. Porque no caiga el arsenal en manos enemigas Ricaurte retira a sus soldados y da fuego a la pólvora. Vuelan en medio de un trueno interminable Ricaurte, el fuerte, la hueste enemiga y la colina, la nube de llamas cubre los ámbitos, llovizna de sangre cae hasta el remoto linde, Ares se encoge tembloroso, la flor de fuego tornasolada se abre sobre dos mundos asustados, Ricaurte se integra, esta vez en el bronce. Repuesto Boves retorna a San Mateo con más furor y renovadas montoneras, y otra vez Bolívar lo devuelve al ímpetu de sus fusiles y de sus lanceros, reboza el Abismo con los espíritus precipitados desde esta montaña destrozada. En tenebroso avance y retrocesos azarosos se revuelcan los enemigos en la batalla de la La Victoria, donde el Héroe extermina inexhausto y Rivas muele sus últimos restos. ¡Mas no los últimos, porque del desierto surgen innumerables bárbaros que empujan a los americanos hacia el mar! El Hambre se pasea por el suelo americano, los heridos se retuercen como larvas, son tizón las ciudades, una deidad sin nombre aulla sobre los campos cenicientos, resuena su paso en la noche, las criaturas se encogen de miedo.

CONTENIDO DEL DUODECIMO CANTO

Boves se precipita sobre Valencia, la ciudad lo repele; sus contornos se cubren de muertos, que se pudren en acervos espeluznantes. Jurada la paz por la Bestia, ésta entra en Valencia, dispone un banquete de vándalos, ordena la presencia de todos los próceres, mujeres y hombres. En tanto la música llena el palacio y la noche se cierra sobre la ciudad perdonada, un inmenso grito sube del corazón de Valencia: son degollados los primates de América, se filtra la sangre por el pavimento, atruena la

música, la horrenda risa de los asesinos alterna con el alarido de las mujeres y el plomo de la fusilería en las plazas, al campanear de los machetes sobre las cabezas del vencido, restallan los látigos de los sicarios sobre las espaldas desnudas de matronas y vírgenes, forman los sonidos una sinfonía que solo conoce el Infierno. De la ruina de Valencia parte el Bandido hacia Caracas, Bolívar conduce la miserable evasión, que signan los cadáveres del pueblo fugitivo. Se arrojan las madres con sus pequeños por los desfiladeros, todo aliento se dobla bajo el soplo del Hambre y las ráfagas de la lluvia implacable. Cumaná queda sin un solo habitante bajo la ráfaga de Boves, Bolívar enfrenta al Monstruo en la batalla de Urica, en donde todo lo que puede herir y matar, hiere y mata, con muralla hecha de muertos. Bolívar atraviesa a Boves cien veces con su espada, muere la Bestia, con tizones se hurga su cadáver. Caída toda fuerza opo- nente, el Héroe salta a la nave y se hunde en la noche. Del mismo modo Eneas, padre de la raza latina, vio el incendio de su patria y del Ida saltó al mar para una navegación sin puerto de llegada, llevando los símbolos de su nación. Entre tanto, Nariño es envuelto en la onda de fuego derrama- da de Iberia, y ante el abismo del Guáitara y el hirviente penacho del Galeras, queda encadenado cual nuevo Prometeo. De un extremo a otro del Continente Latino se percibe el aletear de la muerte, la algazara sal- vaje de las hordas se alza de los desiertos pávidos, los pávidos crepúsculos parpadean sobre la tierra en ascuas, que cubre un gran silencio.